

MIGUEL ANTONIO CARO

(VÉASE LA PÁGINA 49 DEL TOMO I)

EL HUÉRFANO

Y sólo el mar sus últimos perdones
Y sus postreros votos escuchó.
J. E. CARO.

¡ Oh padre mío ! en tu postrer instante
Los hijos, ¡ ay ! la dulce compañera
Aquí buscabas con la vista errante :
Aquí alzaste á la esfera
Tu postrer canto y tu oración postrera.

En vano el viajador pregunta en dónde
Los restos yacen, y la vista explaya.
¡ Silencio y soledad ! Sólo responde
La ola que desmaya
Con lamento monótono en la playa.

Empero tú que imágenes sombrías,
Fe bienhechora, en disipar te agradas,

Á más seguro término desvías
Las pensosas miradas :
Del cielo á las espléndidas moradas.

¿ Cuál tan oscuro error la mente ofusca
Del mísero mortal, que de contino
En cieno inmundo su tesoro busca,
Y olvida su destino
Veloz de la maldad en el camino ?

Al que ama la virtud con pecho fuerte
Es el suelo morada transitoria
De recio batallar : dale la muerte
La palma de victoria,
Y otra región coronará su gloria.

Mientras vive, con ceño desabrido
Le mira el mundo : apenas desaparece
Le llama á sí, le busca con gemido,
Y dél se enorgullece,
Y aroma y llanto á su ceniza ofrece.

Reliquia, empero, á que la vida falta :
Reliquia que del águila semeja
Á la ya inútil pluma, cuando en la alta
Roca natal la deja,
Y el vuelo tiende y rápida se aleja.

¿ Cuándo el día de glorias eternas
Será, que cumpla mis ardientes votos ?
¡ El día en que visite, los mortales
Nudos por siempre rotos,
Los ámbitos celestes y remoost

¿ Cuándo será que unida estrechamente
Al caro genitor el alma mía,
Goce en asombro mudo y réverente,
La angélica armonía
Que auguró su terrena poesía ?

¡ Tú que velas por mí, tú, generoso
Ángel confortador, conduce en tanto
Al que acatas, del Todopoderoso
Pedestal sacrosanto,
Mi deseo ardentísimo y mi llanto !





INMORTALIDAD

Teme el amor la muerte aborrecida ;
Pero no la del cuerpo, fácil muerte,
Perpetua compañera de la vida.

Ella no sólo en polvo nos convierte,
No sólo nos envuelve en noche oscura,
Ni son todos sus golpes de esa suerte.

Callada, sin cavarles sepultura,
Mata al mozo robusto en el anciano
Y en el mozo á la tierna criatura.

Pensando en lo que fuí, pregunto en vano :
« ¿ Dónde está aquel garzón tan inocente ?
¿ Qué se hizo aquel mancebo tan lozano ? »

Muertos yacen sin tumba. Solamente
La muerte entre sepulcros nos aterra,
Y lloramos, llamándola inclemente,

Sin recordar á los que en sorda guerra
Cayeron sin despojos, sin ruido,
Como mueren los pobres en la tierra.

Muy temprano desnudas nuestro nido,
¡ Oh Muerte ! ¡ Oh Muerte ! Con tardío duelo
El bien lloramos que por siempre es ido.

No á ti teme el Amor, hijo del cielo,
Compañero inmortal de los querubes,
Celeste huésped en corpóreo velo.

Tú, monstruo vil, á su dosel no subes :
Fuego etéreo es su ser : nació en regiones
Más altas que los montes y las nubes.

Fundó Amor para el alma sus mansiones,
Y aunque en torno ruinas aglomeres,
No podrás derribar sus torreones.

Á la Belleza y Juventud las hieres
Con mudas flechas : mas de Amor divino
Profanar el sagrario nunca esperes.

Abre Amor un oasis peregrino,
Donde paran su curso arrebatado
Los años, que te sirven, y el Destino.

En medio de los tiempos su reinado
Principia, y es eterno ; ni mundanas
Miserias turban su dichoso estado.

En balde esparcirás precoces canas,
Y aun túmulo alzarás á los amantes ;
Siempre serán tus asechanzas vanas.

En pobreza y vejez perseverantes
Ellos aman : muriendo acá en el suelo,
Tórnanse allá donde se amaron antes.

No entibiarás su fuego con tu hielo,
No turbarás con tu inquietud su calma ;
Tú eres, Muerte, del mundo ; Amor, del cielo.

Mas ¡ ay ! deslustra del amor la palma
Que á la muerte del cuerpo ajena crece,
El pecado cruel que mata el alma.

Si la Fe no le alumbra, se oscurece ;
Cae, si la Esperanza no le alienta ;
Si Caridad le falta, Amor fallece.

Muere aquel á quien aire no sustenta,
Y Amor, vida del alma y su alegría,
No de aire, de virtudes se alimenta.

Contéplalo, y no temas, Cintia mía,
Los males de fortuna ó breve ausencia ;
Teme frivolidad y alevosía.

Son amargos recelos la dolencia
Única del amor ; su muerte, olvido ;
Veniales culpas minan su existencia.

Le restaura el perdón apetecido :
Recuerdos bellos de inocente historia
Endulzan, y esperanzas, su gemido.

Nubes disipa, Cintia, en mi memoria ;
Oirás entonces resonar mis cantos,
Verás entonces renacer mi gloria.

¡ Quién pudiera ser santo cual los santos !
¡ Quién pudiera del mundo en los senderos,
En medio de aflicciones y de llantos,

Sin temblar de la muerte golpes fieros,
Vivir cual los vivientes inmortales,
Amar cual los amantes verdaderos !

¡ Oh Cintia ! ángel de paz, que los umbrales
Franqueas de otro mundo con tu lloro,
¡ No desprecies de amor promesas tales !

Alza en tus alas el común tesoro,
Tú que sabes orar, tú que eres buena ;
Álzale al cielo, y con anillo de oro
Fija en la eternidad nuestra cadena.





SUEÑOS

Reclinado sobre hojas macilentas
Que el tronco cercan del anciano aliso,
En tu verde ribera solitaria,
¡ Oh claro río!
Miro los montes,
Los cielos miro;
Doy rienda al pensamiento y el pensamiento vago
Se aduerme de tus ondas al amoroso ruido.

Si Adán resucitara, no hallaría
Señal ninguna de su Edén perdido
En moradas de reyes ni de damas.
Mas este sitio,
Estos aromas,
Estos sonidos
Le traerían ensueños floridos á la mente
Y olvidados afectos al corazón marchito.

Todos gozamos, como Adán el suyo,
En la edad de inocencia un paraíso
Antes que el labio la vedada fruta
Guste atrevido.
Estos aromas,
Estos sonidos
Reliquias me parecen de aquella edad de flores,
De juegos inocentes y de infantil cariño.

Hay vientos envidiosos. Los celajes
De ventura y placer ¿quién los deshizo?
¿Quién heló del amor blandas querellas?
Recuerdos vivos
Cruzan mi mente
Diáfanos, límpidos;
Mas luego poco á poco se van desvaneciendo
Cual de mañana huyen ensueños peregrinos.

¡ Ay, que todo lo bello es momentáneo!
¡ Ay, que todo lo alegre es fugitivo!
Las espumas, las nubes, los amores.

¡ Oh claro río!
Miro los montes,
Los cielos miro;
Doy rienda al pensamiento y el pensamiento vago
Se aduerme de tus ondas al amoroso ruido.

Apenas en el mundo habrá paraje
Para gozar á solas sin testigo,
Tan delicioso cual tu verde orilla,
¡ Oh claro río!
Las tiernas aves
Te dan sus trinos;
Los árboles te abrigan con vacilantes sombras,
Los céfiros te arrullan con apagados silbos.

Hurtándose á los hombres Primavera
Conserva aquí su virginal hechizo,
Voluptuosamente adormecida
Por eso, ¡ oh río!
Orlan tu margen
Rosas y lirios;

Y al percibir mi aliento, las auras se estremecen
Y tiemblan en las hojas las gotas de rocío.

Suspende el paso : este encantado albergue
Parece por los ángeles traído,
Palacio del amor, cárcel de amores.

El rayo oblicuo
Del sol fallece
En el tejido

Follaje que te guarda cual protegiendo un robo,
Y aquí la tarde es lenta y aquí el ambiente es tibio.

Llenas de esencia y de placer las flores
Agrupadas te salen al camino
Para mirarse al verte y que las mires :

Y ya al oído
Te dicen ellas
En el sencillo

Idioma que tú entiendes, verdades que enamoran :
«Somos de amor las hijas que para amar nacimos.»

Mas huyes, vuelas. La ilusión te engaña
Y la fuerza te impele del destino :
Así también de mi niñez hermosa

Dejé el abrigo,
Cual tú engañado,
Cual tú impelido.

¡ Ay, cruzarás llanuras en soledad amarga ;
Retroceder no pueden los hombres ni los ríos !

El aire á veces tu rumor se lleva,
Siéntese entonces general vacío ;
Se asusta el corazón, despierta á el alma

Con un latido ;
El alma llora
Bienes perdidos :

Mas vuelven los rumores, y el pensamiento vago
Se aduerme de tus ondas al amoroso ruido.

¡ Ay, que para morir las alegrías
Toman de la tristeza el colorido !
Tus murmullos en ecos se prolongan
Que son suspiros,
Y en sombras mueren,
¡ Oh claro río !

Así á las frescas voces de los primeros años
Los años que en pos vienen responden con gemidos.

Yace en mi corazón cerrado un cofre....
Yace del mar en el más hondo abismo
En un arca de plomo, ¿ quién creyera ?

Genio cautivo :
Allí es su cárcel ;
Rebelde ha sido ;

Antes que fuese el hombre, cayó del quinto cielo,
Y así le pasan años, y así le pasan siglos.

Echando un día un pescador sus redes
(Esto refieren orientales libros)
Saca el arca de plomo, la abre, y sale

Leve un humillo ;
Ya es parda nube,
Ya es un vestiglo

Que los brazos enormes abriendo en el espacio
Parece que dijera : « ¡ El firmamento es mío ! »

Pero la eterna maldición le abruma,
Siente el arcángel desmayar su brío;
Ya no es coloso, sino parda nube;

Ya es un humillo,

Ya está en el arca;

Rebelde ha sido;

Y el pescador temblando devuelve al mar la pesca,
Y encima pasan años y encima pasan siglos.

Yace en mi corazón cerrado un cofre,
Allí el ángel de amor con sus delirios;

Ya en tu verde ribera se levanta,

Ya es leve humillo,

Nube, gigante;

Mas luego él mismo

Á las profundas grutas del corazón se vuelve,
Y duerme de tus ondas al amoroso ruido.

El sol desapareció; se apaga el día;
Cúbrese el cielo de funéreos visos;

Naturaleza entristecida calla;

¡Adiós, oh río!

Todas las tardes

Vendré á este asilo

Á soñar á la sombra de tus copados árboles,
De tus bullentes ondas al amoroso ruido.



EL ENSUEÑO

Era una noche como todas; nada

Nuevo en el aire había:

En torno platicaban de mi puesto,

Yo sin las voces el rumor sentía.

Y de pronto, los párpados abiertos,

En religiosa calma

Me pareció embeberse mis sentidos

Y en sueño aéreo se arrobó mi alma.

Y á aquella ví por quien el tiempo olvido

Si gozo su presencia,

Y si de verla dejo solo un día

Siento un abismo entre los dos de ausencia;

Reclinada la ví, serena y muda

En apacible lecho;

Mas estaba dormida... ¡muerta estaba!

El hálito vital faltó en mi pecho.

Inmaculada viéndola y gloriosa,

No me ocupó el espanto,

Mas de infinito amor penas sin nombre,

Y sin ruido en mi faz rodaba el llanto.

« ¡ Buen Dios, ella se ausenta, ella enmudece!
 ¡ Y mi labor querida,
 Esa conversación nunca acabada,
 Ha quedado por siempre interrumpida ! »

Pensé, y luego la hablé sin voz, cual ella
 Sin mirar me veía,
 Que en su rostro, los párpados cerrados,
 La luz brillaba del eterno día :

« Me ves cual soy, cual fuí : ¡ todo lo sabes !
 Entrego á tu mirada
 Con muchas culpas réproba mi vida,
 Mas de sobra en tu amor purificada.

« Tú, enseñada al perdón desde este mundo,
 Esas culpas perdona,
 Y dime si en el cielo que posees
 Hay para tanto amor digna corona. »

Yo hablaba así. Después tiempos pasaron
 Que, horas en este mundo,
 Fueron, medidos en región más alta,
 Siglos de amor y de dolor profundo.

Ni sé si de esas horas seculares
 Señal quedó en mi frente;
 Sé que agoté la fuente de las lágrimas
 Y el lauro merecí del penitente.

Vuelto de ahí, cual Lázaro, á la vida
 En impensado instante,
 Viva hallando á quien muerta ví, la creo
 Beatífica visión siempre distante.

« Hablábamos ayer », decirla quiero,
 Pero callo doliente ;
 No hay voz que este misterio explique, y gimo,
 Partido el corazón, casi demente.

